MECENAZGO E INDEPENDENCIA INTELECTUAL

POR

LUIS FARRÉ

> "Toda la vida es servidumbre. Hay que acostumbrarse, por lo tanto, a la condición propia y, sin quejarse de ella lo más mínimo, aprovechar la comodidad que se tenga alrededor; nada hay tan acerbo en que no encuentre consuelo un ánimo ecuánime." (SÉNECA, *De tranquillitate animi*, X, 4.)

Crisipo, estoico de la decadencia romana, cuando la escuela a que pertenecía se apartaba del rigor que le impusieron Zenón y sus inmediatos discípulos, abandonaba la independencia de ánimo y el voluntario apartamiento que les caracterizaba, al reconocer y aprobar tres formas de ganarse honestamente la vida: la enseñanza, cortejar a los ricos y servir a los príncipes y al Estado. Los espíritus más exquisitos de Roma, quizá muy a su pesar, tuvieron que someterse, casi sin excepción, a esta especie de servidumbre, a fin de poderse dedicar, sin agobios económicos, a su vocación literaria. En su condición de clientes o protegidos, obligados a acompañar a su señor al foro, a escuchar y tal vez aplaudir sus insípidos discursos y, al verse constreñidos a dedicarle, en ditirambos matizados de extremados elogios sus composiciones, dábanse cuenta que no sonarían a plena sinceridad disertaciones morales o filosóficas que invitaran al retraimiento o a la perfección espiritual, sin importárseles del mundo y sus señores. Las prédicas morales podían parecer más adecuadas en hombres favorecidos por la fortuna que, caso de practicar el sometimiento, nunca era en forma tan explícita. Pertenecían estos lujos a hombres como Cicerón y Séneca, a pesar de que el primero oscilaba en política, cautamente, entre César y Pompeyo, y no dudó el segundo en prestarse a los caprichos de Nerón.

Pero en Roma apenas si un solo poeta pudo librarse de ir a la zaga de un poderoso. Necesitaban su pan y su techo. Si se hubieran resistido, si quizá como Diógenes el Cínico o Zenón el Estoico, hubieran preferido gozar a solas de su independencia y de las ideas con que se regocijaban mentalmente, ¿podría el mundo hoy gozar la lectura del poeta *De rerum natura*, de la *Eneida*, de los versos incomparables de Horacio y de los epigramas de Marcial, para no citar sino a unos

pocos? Es casi seguro que no; su vocación, que era intensa, hubiera muerto o desfallecido ante las urgencias de la vida material.

* * *

Cuando se advierte una peculiaridad en la literatura latina, el primer interrogante que nos formulamos es éste: ¿se trata, quizá, de una herencia griega? ¿O, en este caso, en qué forma los griegos practicaron el mecenazgo? Naturalmente, percibimos trazas e indicios en los poetas griegos, aunque no excesivos; y, sobre todo, no comprobamos la persistencia en querer cobijarse bajo la capa generosa de un hombre a quien se ofrece, como en rendido homenaje, todas o casi todas las producciones del intelecto.

No atribuyamos, sin embargo, esta abstinencia helena a limpia virtud de independencia intelectual. No precisaban la mayoría de los poetas griegos de rodrigones económicos; poseían suficientes bienes familiares o se los conquistaban con su propio trabajo. Libres de premuras materiales, podían escribir sin sumisiones de esta índole, aunque no dejan de notarse algunas en el más grande de los líricos griegos: en Píndaro, excusables en gran parte por el entusiasmo que le inspiran los vencedores olímpicos.

Además, y esto sí que cabe destacarlo en elogio de la cultura griega, la intelectualidad y la sabiduría eran apreciadas por sus propios valores internos. Aun antes de que Sócrates loara la sabiduría, conceptos que tan brillantemente desarrollarían Platón y Aristóteles, los helenos se inclinaban reverentes ante toda obra cultural; respetaban la independencia y las ideas de sus pensadores; no existía un peligro serio de persecución o de malestar. Incluso les era factible a los poetas, en un exceso de licencia literaria, ironizar de tal forma con las personas, que, como lo hiciera Arquiloco con Lyambés y una de sus hijas, las redujera a una desesperación tan extrema que, según una tradición, se ahorcaron para escapar al ridículo. No es de extrañar que se atrevieran con los seres humanos, cuando tan poco respetuosos eran con los inmortales. Ejemplo único el de Grecia, sobre todo en su época clásica, en que era permitido, sin peligro de persecución ninguna, que Eurípides y Aristófanes se burlaran de los dioses, y que el último atacara, con nula consideración, a los más grandes trágicos y a filósofos muy venerados, como Sócrates.

Lo dicho es sólo introductorio para comprender mejor a los poetas latinos, y también para restar importancia, por el conocimiento de las diversas circunstancias que condicionaban sus respectivas sociedades al sentimiento de menosprecio que pudiera nacer en nosotros por la actitud de aparente adulación que notamos en los hombres del La-

cio. Eran, tanto la griega como la latina, sociedades de clases; mucho más cerrada la primera que la segunda. Platón en su *República* y Aristóteles en la *Política* nos describen un proyecto de organización social tan ordenada que los grupos humanos están irremisiblemente, desde su nacimiento, como obligados a mantenerse dentro de un determinado estamento social. Es uno de los aspectos de la armonía, en que insisten aquí y en otras partes, en sus sistemas filosóficos. Fueron filósofos posteriores, Epicuro y Zenón, quienes romperían estos moldes; precisamente los que ejercieron más destacada influencia en la sociedad latina.

La dedicación a las letras entre los griegos era una tarea que sólo podían adoptar los que disponían de tiempo para el ocio, esto es, que estaban libres de urgencias materiales; alternativas de descanso que se imponían los hombres de armas, los gobernantes e incluso algunos artesanos. Es la *vita otiosa,* codiciado descanso de que nos hablan frecuentemente filósofos y poetas latinos. "Constituía un privilegio de los aristócratas. El simple hecho de dedicarse a las letras era ya un indicio de aristocracia, no sólo en un sentido moral, en cuanto importa el desarrollo de las más elevadas facultades, sino también de clase. Al siervo, al esclavo o al bárbaro, según Aristóteles, o al que no pertenecía a la clase selecta de los filósofos, según Platón, no se le reconocía capacidad ni se le otorgaba facilidad ninguna para que se dedicara a la especulación mental. El epicureísmo y, principalmente, el estoicismo, de escasa influencia en Grecia, pero que constituyen como el alma de la intelectualidad romana, cambiaron esta actitud. El plebeyo e incluso el esclavo pueden, con idénticos derechos que el noble, aspirar a destacarse como adictos a las letras. El pedagogo, adoctrinador de los hijos de los *quirites,* era ordinariamente un esclavo, quien a veces, por su elevada cultura, como Epicteto, lograba ascender a liberto. Doctrinariamente estos procedimientos se insinúan en Cicerón, y Séneca los defiende abiertamente. Una democracia en germen, preparatoria a la cálida aceptación del Cristianismo, se apoderaba de las mentes más distinguidas de Roma.

Sin embargo, quedaba todavía un residuo de la antigua *sjolé* griega. Dedicarse a las letras era una especie de ocio que, aparentemente, no podía practicarse sin una aristocracia propia o proteccional. Algo análogo a lo que observamos en la Edad Media y en el Renacimiento, épocas en que apenas si se publica libro ninguno, sin que lo preceda una dedicatoria melosa y adulatoria a un aristócrata o príncipe secular o eclesiástico. El concepto de clase, basado en la herencia o en el prestigio bélico o político, obraba en la subconsciencia de los poetas latinos. Arrimaban sus escritos a una grandeza mundanal y externa, quizá cre-

yendo que así los prestigiaban mejor, al mismo tiempo que se beneficiaban económicamente a sí mismos. Naturalmente esto exigía cierta dosis de adulación que malea a veces las líricas inspiraciones de un Horacio, e incluso la independencia de criterio de Lucrecio. Se precisa poseer un espíritu muy sutil y delicado para rechazar tales elogios, generalmente ausente de las personas que juzgan de la grandeza solamente por su brillo externo y que se encuentran en condiciones de poderla disfrutar, enceguecidos por el constante aplauso de la plebe para no aceptar y dejar de fomentar con regalos la alabanza fácil de personas intelectualmente mejor dotadas que ellos.

Intentemos también otra explicación. El literato griego era más andariego que el latino. A pesar de que el máximo centro cultural de Grecia era Atenas, descollaban también otras ciudades. Los filósofos y escritores helenos pasaban largas temporadas en el exterior, quizá en lejanas tierras, o se asentaba definitivamente fuera de aquella metrópoli de la ciencia y del arte. Había muy poco de ateniense en Safo y Píndaro; Aristóteles mismo, aunque morador temporalmente de Atenas, no ocultaba su antipatía macedónica por esta ciudad. Ante todo, eran griegos más que atenienses. Para los latinos, en cambio, existía una sola ciudad donde pudieran destacarse intelectual o literariamente: Roma. Roma era la cabeza del imperio; Roma distinguía la ciudadanía privilegiada; para sobresalir en algo, antes que todo había que ser ciudadano romano, por nacimiento, derecho o adopción. Y a la *Urbs,* por antonomasia, se dirigían desde cualquier parte del Imperio. para que sus dones intelectuales lograran reconocimiento y progresivo desarrollo. A Roma viajaban, desde la remota España, Quintiliano, Marcial y Séneca; en Roma, la bulliciosa y engreída, buscó refugio, desde la Magna Grecia, un carácter misántropo y retraído como Lucrecio. Todo hombre de ambiciones y aspiraciones, fueran de la índole que fueran, y por mucho que repugnara a su carácter, debía acudir a Roma.

Roma estaba congestionada de escritores de toda índole. No era fácil distinguirse entre la multitud de ambiciosos, dispuestos a triunfar cayera quien cayera y sin mirar en los medios. Horacio regresaba presuroso de su retiro en la Campiña, para atender al éxito de sus libros y quizá para hacer frente a una deshonesta competencia; Ovidio, en el destierro de Ponto Euxino, escribe *Tristia,* lacerados sus sentimientos por no poder morar en Roma; el mismo Marcial, que después de una larga permanencia en la ciudad, y quizá fastidiado por no haber logrado el éxito que esperaba, se retirara a su pago de la España Tarraconense, Bilbilis, desde ahí suspira nuevamente por Roma. Para

el escritor latino, historiador, poeta o filósofo, sólo hay una ciudad que le ofrezca oportunidades.

Es cierto que allí era factible encontrar mentalidades que los comprendieran; pero también la competencia era grande y no siempre real. Las letras no daban para vivir, aunque prestigiaran, excepto que se conquistara la generosidad de algún protector que gratificara los versos La cultura, este exquisito don del espíritu, no había sido otorgado a los hombres prominentes del Imperio Romano. Vivían abocados a la exterioridad, a la ampliación de sus fronteras. En la disputa entre Esquines y Demóstenes se inclinarían de seguro por el primero, representante de la rapacidad macedónica, y no por el segundo, defensor de la dignidad helénica. Incluso Virgilio, no sabemos si por orgullo de romano o por reconocimiento patriótico a una triste realidad, les decía: "*Tu regere imperio populos, Romane, memento...*" (1). Aquel pueblo de entumecida mentalidad para comprender sutilezas filosóficas o poéticas se hubiera mostrado indiferente, fastidiado y quizá insultado, si alguien intentara renovar las gestas de los rapsodas que deambulaban por las ciudades de Grecia, de la Grecia madre y colonial, ofreciendo recitales filosóficos y poéticos, cantados según el ritmo, acentuación y melodía de los exámetros. El pueblo romano se entusiasmaba en el circo, en las luchas con los gladiadores, gustaba de las hecatombes y, sobre todo, aplaudía los desfiles marciales, cuando el general triunfante, desde el campo de Marte, entraba en Roma para ser coronado. No existía ambiente propicio para el poeta latino, sino en reducidos círculos.

La esperanza del poeta era el protector: dar con el personaje que regular u ocasionalmente lo gratificara; un hombre superior al vulgo, para apreciarlo y remunerarlo, aunque fuera para propia vanagloria. De ahí el que se apretujaran para acercarse a las puertas de los poderosos, *potentiorum limina* (2), como dice Horacio. El protector no sólo era el hombre que prestigiaba, por la nobleza de la sangre o de hechos bélicos o políticos, sino también la mano benéfica que, materialmente, permitía vivir al poeta. Constituía, para decirlo en términos bruscos, la solución a las angustias económicas. Debía conservárselo, mantenerlo propicio, reavivar su generosidad con elogios bien versificados, cuando olvidadizo no atendía a las necesidades materiales del poeta: una mención de un poema didáctico, en una poesía lírica, tal vez el juego de un epigrama, o, quizá, cuando se quería o se sentía necesidad de estrujar generosamente aquella generosidad, un *Maecenas atavis* (3)

---

(1) Virgilio, *Aeneida*, VI, 850, "Acuérdate, oh Romano, que estás destinado a gobernar a los pueblos".
(2) Horacio, *Epodon Liber II*, 7, "los umbrales de los poderosos".
(3) Horacio, *Odae*, Liber I, 1.

horaciano. La mayoría de los poetas latinos precisaban del protector como el ama de casa necesita de una despensa bien provista.

Constituían la razón externa de su vivir. Como escritor únicamente en Roma se podía esperar fama y prestigio; pero en esta ciudad no sólo debía hacer frente a la competencia, sino encontrar una solución adecuada que no le restara tiempo a su vocación intelectual y que le proporcionara lo suficiente para no sufrir angustias. El hallazgo no era fácil; pero si el hado lo favorecía, no tenían que ahorrarse esfuerzos para conservarlo. No sabemos quién era, tal vez un pobre y hambriento poeta, el que se acercó a Horacio y se empeñaba en acompañarlo, para que lo presentara a Mecenas. La terquedad del aspirante a cliente está maravillosamente descrita en la sátira *Ibam forte via sacra* (4), pero Horacio es aquí el feliz, el protegido, quien pudo regalarnos, gracias a esta protección, sus versos inmortales; el otro, quizá era también un buen poeta, reducido a mendigar su sostén en las tabernas de extramuros, capaz de crear exquisitos poemas en un ambiente más propicio, que nunca pudo lograr. Con razón pudo decir Juvenal:

Nil habet infelix paupertas durius in se
quam quod ridiculos homines facit (5).

Nos resulta fácil indicar la mayoría de los protectores para los poetas más distinguidos: Memnio lo fué de Lucrecio; Catulo se protegió con Cicerón; Tibulo recibió dones de Mesala; Horacio y Virgilio fueron generosamente estimulados por Mecenas y también por César, y Marcial, el epigramista español, acumulaba cuantos podía para asegurarse seguros y bien crecidos ingresos. Esta es una realidad externa; pero no nos precipitemos a conclusiones sobre la posible desviación a su independencia que el proteccionismo les hubiera podido imponer. La literatura latina no era un continuo mover del incensario para arrancar dones a los dioses terrenos. Estudiada más de cerca, podemos deducir óptimas lecciones, incluso de independencia, que, por cierto, no abundan en nuestro siglo en que el escritor no se ve urgido por estas necesidades.

* * *

Los temas preferidos por los poetas tal vez podrían clasificarse bajo estos tres tópicos: patria, amor, naturaleza. Diversidad en el tono y matices muy diferentes de interpretación nos indican épocas y literaturas; pero la coincidencia es bastante general. Son escasos los que

(4) Horacio, *Saturum Liber I*, IX, "Por acaso iba por la vía sacra".
(5) Juvenal, *Satura III*, "Lo más duro que tiene la infeliz pobreza es que hace a los hombres ridículos".

se apartaron de estos tópicos. Entre los latinos una excepción magnífica es Lucrecio, quien, en su poema *De rerum natura,* expone un sistema filosófico como medio para liberar al hombre; pero, por sus propósitos, el poema se podría incluir entre las composiciones de finalidades humanísticas; en resumidas cuentas, de amor a la especie humana y admiración a la naturaleza. Los poemas didácticos, por ejemplo, la *Epistula ad Pisones,* de Horacio, sólo en escasos versos los consideraríamos obra poética. En los latinos, especialmente en los más destacados, como Lucrecio, Horacio y Virgilio, se notan además permanentes efluvios filosóficos, predominantemente epicúreos o estoicos, que delatan el fondo cultural e intelectual del poeta.

La patria para los latinos es Roma, su imperio, sus glorias militares. La ciudad los había cautivado, por convicción o por convencionalismo, aunque ningún poeta digno de mención nació dentro de sus muros. A pesar de su fidelidad a Roma, como centro político, no siempre se consideraban obligados a tratar con miramientos a aquellos que temporariamente tenían las riendas del poder. Catulo se toma la libertad de satirizar, no ya sólo a César como gobernante, sino de poner al descubierto sus costumbres privadas (6). Diverso de la multitud que se esforzaba en grangearse sus favores, el poeta se singularizaba al decir: "No tengo, oh, César, el menor deseo de agradarte, ni saber si eres blanco o negro" (7). Pero, probablemente, este joven poeta, más aficionado a las gratas lides amorosas que a la política, escribía así bajo la influencia de Cicerón, adversario de César en la lucha que éste sostuvo con Pompeyo. Fué también otro poeta, Ovidio, preferentemente aficionado a lo mitológico y amoroso, quien se atrevió a agraviar a César, debiendo sufrir por ello el destierro de Ponto Euxino. Pero, una vez en el destierro, *Quid melius Roma? Scythico quid frigore peius?* (8), para reconquistarse los favores de César y con la esperanza de que se le dejara volver a la capital del Imperio, se excedió en elogios (9).

Marcial era menos afecto a Roma; su espíritu burlón y satírico no podía tomar en serio la dignidad de los Césares y el brillo imperial; pero, naturalmente, no se estableció en Roma para arrastrar una vida miserable en las tabernas de extramuros. Elogia al emperador de turno; sabe ser cauto, especialmente bajo Nerón, cuando comprueba que los españoles no son bien mirados. Sin embargo, incidentalmente, pasada la época de esplendor o sobrevenida la muerte del gobernador, se permite ciertas burlas. Pero no va más allá; no estaba en su carácter adoptar

(6) Catulo, *Carmina LIV,* LVII.
(7) Catulo, *Carmen XCIII.*
(8) Virgilio, *Ex ponto, I,* 3, 37, "¿Qué hay mejor que Roma? Por el frío, ¿qué es peor que la Escitia?"
(9) Véase, por ejemplo, Ovidio, *Ex Ponto II,* VIII.

una actitud filosófica o moral que turbara su tranquilidad o le fastidiara con posibles persecuciones. Encuentra difícil que en Roma se viva decentemente. Pregunta a Sexto:

Quae te causa trahit vel quae fiducia Roman,
Sexte? Quid aut speras o petis inde? Refer (10).

Luego de descartar que llegue a ser orador como Cicerón o poeta a la altura de Ovidio o Virgilio, le dice:

Si bonus es, casu vivere, Sexte, potes (11).

Por la misma época, otro poeta, Juvenal, no callaba su desengaño de Roma al decir *Omnia Romae cum pretio* (12), ciudad donde es mayor la sed de la fama que de la virtud (13). Tengamos, sin embargo, en cuenta, que estos autores escribían en una época de decadencia en todos los órdenes: político, literario y religioso.

Referente a la relación del poeta con los políticos no eran mejores ni peores que las de los literatos de generaciones posteriores. Observaban las cautelas que se impone toda persona que, sin ser específicamente un político ideológico, no quiere exponerse a inútiles y fastidiosas molestias. Tal vez el protector los mantenía dentro de la tendencia política a que pertenecía. Así procederían Virgilio y Horacio para complacer a Mecenas. En cuanto a Lucrecio es difícil deducir sus simpatías políticas por la lectura del *De rerum natura.* Tengamos, sin embargo, en cuenta que a la mayoría de estos poetas, por la índole de sus poesías, escasas oportunidades se les ofrecía para manifestarse en pro o en contra de una determinada tendencia. Sus temas preferidos eran el amor, la naturaleza o motivos mitológicos que se reducen a los primeros. En cuanto a la patria, como en la *Eneida,* era un tópico que podía tratarse en forma genérica o histórica, mezcla de ficción o imaginación poéticas.

* * *

Los poetas latinos se daban perfecta cuenta de su condición de clientes. No eran nada que, en aquel ambiente social, tuviera un sentido humillante; se acomodaban a esta situación con toda naturalidad, sin exteriorizar repugnancias que, en definitiva, hubieran ido en contra de

(10) Marcial, *Epigrammata,* Liber III, XXXVIII, 1-2, "Sexto, ¿qué causa o qué esperanza te trae a Roma? ¿Qué esperas o pretendes? Dímelo".
(11) Marcial, *Epigrammata,* Liber III, XXXVIII, 14, "Si eres bueno, Sexto, por casualidad podrás vivir".
(12) Juvenal, *Satura III,* 183, "Todo en Roma tiene precio".
(13) Juvenal, *Satura X,* 140-1, "Tanto maior famae sitis est quam virtutis".

sus propios intereses. Sin embargo, estudiado más de cerca el tema, vemos cómo el poeta, en definitiva, se sentía superior intelectualmente al protector. No en comparaciones o menosprecios directos, lo que equivaldría a perder su privilegiada situación, sino con alusiones a sí mismos o al personaje que les proporcionaba un modo cómodo de vivir. Lucrecio se convierte en el maestro y adoctrinador de Memnio: "Para las lecciones que en forma de dádiva te dedico, reclamo tu atención libre de prejuicios y reposada..." (14); Virgilio se siente plácidamente superior en su condición de vate pastoril retraído a César en el estruendo de sus victorias (15); Horacio, *pauperum sanguis parentum* (16), profetiza a Mecenas su propia inmortalidad como poeta y, al exponer la vanidad de las riquezas, se gloría de que *pauperemque dives me petit* (17). Propercio exulta la poesía sobre los placeres y riquezas (18); Marcial tiene en tan poco los dones del protector, que se los ofrece para que los compre (19).

Catulo otorga escasas alusiones a sus protectores. Posiblemente no le hacían gran falta, pues gozaba de un buen pasar, sin verse obligado a mendigar ayuda ajena. Además componía versos para su satisfacción, con el propósito de expresar sentimientos rencorosos, vengativos y, principalmente, afanes amorosos o donjuanescos. El epigrama a Cicerón revela, sin embargo, en exceso sentimientos adulatorios: "Oh, tú, el más elocuente de los descendientes de Rómulo, que son, que fueron, Marco Tulio, y de los que serán en los años venideros; recibe millares de gracias de Catulo, el peor de todos los poetas; quien en tanto es el peor de todos los poetas en la medida en que tú eres el mejor de todos los patrones" (20).

El protector de Lucrecio, Memnio, no en nada merecedor de la dedicatoria del *De rerum natura*. Su epicureísmo era escaso y, por de pronto, nada fervoroso, tal como se supone debía ser entre los que admiraban las doctrinas del filósofo griego. Lucrecio, a pesar de que ensalza "a quien adornar quisiste (Venus) en otros días con tus más

---

(14) Lucrecio, *De rerum natura*, Liber I, 44.
(15) Virgilio, *Georgicon*, Liber IV, 559-65.
(16) Horacio, *Odae*, Liber II, XX, 5-6, "hijo de padres pobres".
(17) Horacio, *Odae*, Liber II, XVIII, 10-11, "a mí pobre me busca el rico".
(18) Propercio, *Elegiae*, Liber I, XIV, 4-15.
(19) Marcial, *Epigrammata*, Liber VII, XVI.
(20) Catulo, *Carmen XLIX*,

Dissertissime Romuli nepotum
Quot sunt quotque fuere, Marce Tulli,
Quotque post aliis erunt in annis,
Gratias tibi maximas Catullus
Agit pessimus omnium poeta,
Tanto pessimus omnium poeta
Quanto tu optimus omnium patronus.

nobles dones" (21), se constituye en su maestro, como ya dijimos, pues sus versos están "destinados a iluminar tu inteligencia con clara luz que te permita penetrar en las cosas ocultas" (22). Por intermedio de Memnio, Lucrecio se dirige a todos los hombres del mundo. Recibimos la impresión de que en nada influyó la posición social del protector para que el filósofo poeta callara o velara opiniones propias, incluso en hechos que eran tradición romana y que merecían el más alto respeto de los que aspiraban a usufructuar posiciones públicas, como la religión politeísta, los ritos y la vida política.

Tibulo tuvo un protector y quizá un amigo en Mesala, a quien siguió incluso en empresas diabólicas por las Galias y el Oriente. Se sentía unido a él por un profundo afecto,

Huc veniet Messalla meus, cui dulcia poma
Delia selectis detrahat arboribus (23).

más allá de la protección y ayuda que pudiera recibir. Al enfermarse en Corciria, seguro de su próxima muerte, recuerda a su madre y hermana y al protector; como muestra de gratitud por el último intenta eternizar su nombre en el epitafio que encargaba se pusiera sobre su túmulo en el supuesto de que falleciera. No obstante, por grande que fuera el afecto que sintiera por Mesala, sobre todo después de la experiencia de la enfermedad, decide alejarse de las armas y dedicarse por completo al amor y a la poesía:

Hic ego dux milesque bonus. Vos, signa tubaeque,
ite procul; cupidis vulnera ferte videris (24).

El afecto por el protector no lo turbó de tal manera que le alejara de la que era su auténtica vocación. Comprende, al igual que Catulo y Horacio, que no está destinado al efímero brillo que proporciona la carrera de las armas; prefiere dedicarse, en el retiro de su casa romana, al culto de las musas.

---

(21) Lucrecio, *De rerum natura*, Liber I, 26-27.

Tempore in omni
omnibus ornatum voluisti excellere rebus.

(22) Lucrecio, *De rerum natura*, Liber I, 144-145.

Clara tuae possim praepandere lumina mentis
res quibus occultas penitus convisere possis.

(23) Tibulo, *Carmina*, Liber I, V, 30, "Aquí vendrá mi Mesala, para quien dulces manzanas Delia arrancará de árboles selectos".

(24) Tibulo, *Carmina*, "Aquí soy yo capitán y buen soldado. Vosotras, insignias y trompetas, id lejos; mirad de herir a los que lo deseen".

El caso clásico, que se ha sustantivado para indicar el proteccionismo literario, es la ayuda que Mecenas otorgara a Horacio, Virgilio y otros vates latinos. Su casa estaba siempre abierta a los que sentían una auténtica vocación especulativa o literaria. Uno de los más favorecidos fué, sin duda, Horacio, quien, a su vez, correspondió a su protector inmortalizándolo en varias de sus odas. No se trataba sólo de agradecimiento, sino que entre Mecenas y Horacio existía una verdadera y honda amistad. Ambos, adoctrinados en las enseñanzas que los griegos nos legaron sobre esta virtud, la practican fielmente. Virgilio, nada egoísta, sirvió de intermediario entre Mecenas y Horacio. Aquél lo estimó por sus dones, sin tener en cuenta su origen humilde ni sus escasas cualidades militares. Horacio se reconoce poseedor de excelentes gracias intelectuales y sentimentales. Sabe que, en el particular, se singulariza en Roma; no le importa hablar de su origen humilde, ni de su pobreza, ni de sus escasas aficiones bélicas.

Virgilio recuerda también a Mecenas. Tal vez sus elogios sean más cordiales que los de Horacio, debido en gran parte a la índole de su carácter y quizá también a los temas que exigían sus preferencias poéticas. El vate mantuano tenía un concepto más íntimo y severo de la vida; aunque, naturalmente, no podía menos de expresar en alguna forma la gratitud que sentía por un hombre como Mecenas, en realidad no indigno de la admiración y afecto de los grandes poetas que produjo el Lacio. A él le dedica su precioso poema *Georgicon,* recordando de cuando en cuando a su protector:

O decus, o fame merito pars maxima nostrae,
Maecenas, pelagoque volans da vela patenti (25).

Nuevamente podemos afirmar que aquí en poco o en nada influye la presencia del protector, para que el poema resulte tergiversado en sus propósitos.

Y, finalmente, ya en las postrimerías del Imperio Romano, encontramos a Marcial. El epigrama le ofrecía una ocasión única para satirizar las costumbres que le parecían impropias. Audaz en sus expresiones, quizá obligado por su pobreza, establece una relación entre la generosidad y la protección:

Sint Maecenates, non derunt, Flacce, Marones
Virgiliumque tibi vel tua rura dabunt (26).

---

(25) Virgilio, *Georgicon,* Liber II, 41-42, "Oh honor, merecidamente máxima parte de nuestra fama, despliega rápidamente las velas al abierto mar".

(26) Marcial, *Epigrammata,* Liber VII, LV, 5-6, "Existan Mecenas, no faltarán, oh Flaco, Marones, y te darán un Virgilio o canciones pastoriles".

Parece que contó con la protección de Plinio el Joven, quien lo invitara a establecerse en Roma. Pero en esta ciudad no pudo tampoco encontrar la plena satisfacción que esperaba para su capacidad o su ambición. Tal vez esto lo indujo a burlarse del mecenazgo ante el fracaso de sus propósitos o la escasez de la remuneración:

Aera domi non sunt, superest hoc, Regule, solum
ut tua vendamus munera: numquid emis? (27).

---

(27) Marcial, *Epigrammata*, Liber VII, XVI, "No hay dinero en casa, Régulo, sólo nos resta vender tus regalos; ¿por ventura los compras?"

Luis Farré.
LA PLATA (Rep. Argentina).